

## Welcome To Israel

*Atenas, UE, 4 de abril de 2002, 0.01 h.*

Grecia está en Europa. Un país miembro de la Unión Europea, tengo entendido.

Tal vez un poco menos europeo que el resto: en el aeropuerto de Atenas te dejan fumar aunque está prohibido.

Me adentro en el corazón de la noche entre las tiendas duty free cerradas, destellos de luz que crean la impresión de que es de día, tensoestructuras de arquitecto sobrepagado. Los aeropuertos son todos iguales.

- Debo tener el síndrome de Génova - dice Vittorio Agnoletto con el aliento entrecortado y aire de preocupación - No he hablado ni cinco minutos y ya tengo esta tos seca molestísima. Son los lacrimógenos ... Quién sabe que mierda llevan dentro. Tengo que hacerme los análisis sin falta.

Me acuerdo de los lacrimógenos de Génova, de dos en particular: los que un carabinero diligente hizo rodar hasta mis pies por debajo del escudo de plexiglás que sostenía. Asfixia es la palabra exacta. Era en vía Toleimaida. Casi un nombre bíblico.

Los demás fumamos para tranquilizarnos. Hablamos sin parar, yo, Guido del Corto Circuito y Anubis. Anubis no es un mote, es su nombre verdadero. Nació en el 70, tiempo de fascinaciones exóticas, de padres jóvenes y freaks.

Nosotros hablamos, Agnoletto pasea por el aeropuerto desierto, pegado al móvil.

- Los compañeros han llamado desde Jerusalén: han anunciado nuestra llegada en los periódicos.

- Hará falta improvisar algo.

- No nos dejarán pasar.

- Cómo va la guerra?

- En Nablus los palestinos han logrado organizar la resistencia armada. Han detenido a los tanques. Belén está en llamas. Los periodistas han sido sacados de las iglesias, los franciscanos hacen de mediadores. Los italianos de Indymedia permanecen encerrados en Dehijeh, pero existe el proyecto de crear un puente humanitario para hacerlos salir. Han planteado las condiciones, pero no todos están dispuestos a marcharse. Se están peleando entre ellos.

Anubis, buen periodista, es un boletín en directo. Ha conseguido acceso a Internet y no lo suelta. Cada media hora una actualización. Y aquí lo que no falta es tiempo.

- Y nuestro programa?

- Tenemos que hacer una rueda de prensa y encontrarnos con los pacifistas israelíes en Jerusalén. Después nos trasladaremos rápidamente a Ramala.

- Hay noticias de allí?

- Estamos esperándolas. La gente a la que debemos relevar saldrán mañana.

Nos encontraremos con ellos en el aeropuerto. Ellos embarcarán y nosotros iremos a la

frontera.

- No nos dejarán pasar.

- Por lo menos a los parlamentarios, sí.

Paso revista a "nuestros" parlamentarios. Pagliarulo de los Comunistas Italianos. Por encima de los cincuenta, calvo, con gafas, corbata, aire distinguido, acento meridional. No habla ni una palabra de ingles. Martone de los Verdes, joven, con gafas, buen ingles, anorak. Luana Zanella, melena corta rubia, sonrisa simpatica, maleta con ruedecillas, zapatos de tacón, respuesta rápida. El restos de la delegacion dormita o toma café en el bar.

Entre ellos está Luciano Nadalini, fotografo histórico de Bolonia. Me conoce desde que nací o casi. Valerio "Ciano" Monteventi, concejal del ayuntamiento de Bolonia, cuerpo de jugador de rugby, campeón de las retrospectivas del 77. También él me conoce de cuando jugaba con plastilina. Amigo de mi padre, que hoy toma el sol en Cuba. Feliz él. Egidio ha pasado por los años setenta y su cara no engaña.

Después está Gangi. Apenas habaa desembarcado en Palau cuando ha anunciado que quería encontrarse con los compañeros de Palestina. Ha dado media vuelta al coche y al transbordador y ha vuelto para venirse conmigo.

Cuatro compañeros de Roma, junto con Guido. Dos de la CGIL de Trento. Marco Revelli, intelectual al que no hace falta presentar, pelo blanco, bigote y sonrisa inoxidables, ya ha pasado los sesenta. Agnoletto sigue hablando por teléfono, no para. Es increíble que alguien tan pequeño pueda concentrar tanta energia.

Guido Lutrario, uno de los portavoces del centro social Corto Circuito de Roma. Trabaja de maestro. Dice que si nos expulsan por lo menos podrá ir a recoger a su hija a la escuela está tarde.

Anubis D'Avossa Lussurgiu. Vaya nombre. Gabardina de piel negra y gafas de sol de espejo. Vaya ropa.

Miro a todos. No falta ninguno. Me reflejo en una cristalera. He aquí al escritor.

No nos dejarán pasar.

*Tel Aviv, Israel, 4 de abril 2002, 4.15 h.*

Los aeropuertos son todos iguales. Las mismas estructuras. Las mismas garitas para el control de pasaportes. La primera persona a la que veo cuando entro es a Giovanni De Rose, presidente del ARCI Emilia Romagna. Voy a saludarlo, pero me hace un gesto imperceptible con la mano. Entonces me doy cuenta del madero enorme que lo acompaña. Me hago el despistado y advierto a los demás. Lo llevan a una oficina situada a la derecha. Hay más italianos. Reconozco a un par de ellos: Claudio "Scarface" Sabbatini (recuerdo una foto que vi en la habitación de su hijo: él y Arafat abrazandose) y Luciana Castellina. Son unos diez. La primera delegación, que ha llegado una hora antes en el primer avión.

Nos ponemos en la fila de control de pasaportes. Hay una chica al otro lado de la ventanilla. Para ser sinceros, la mayor parte de los maderos a la vista son mujeres.

Nuestras respuestas, en un inglés aproximado, la hacen reir de manera sarcástica.

- Es la primera vez que viene a Israel?

- Si.

- A donde va?

- A Jerusalén.
  - Creía que quería ir a Ramala.
  - No. A Jerusalén.
  - Ah, sí? Y a qué se dedica?
  - Soy voluntario social.
  - Claro, claro, como no... Y porque viene precisamente a Israel?
  - Para participar en un proyecto de paz con nuestros parlamentarios.
  - Claro, claro. De todos modos, tome asiento junto a nuestra oficina.
- Soy el último de la fila. Tengo tiempo de mirarla durante un rato largo.

Veinticinco años, espinillas en la cara, tono de voz arrogante. Puedo leer en sus ojos lo que piensa. Aquí están los amigos de Arafat, los que apoyan a los terroristas. Una comitiva de andrajosos que viene a sacar provecho en nuestro país .

- Porqué viene a Israel?
  - Acompaño a nuestros parlamentarios que están aquí en un proyecto de paz.
- Resopla aburrida. Recoge todos los pasaportes y dice: -...Para acompañarles a casa.
- Cuando alcanzo a los otros me dicen que la primera delegación ha sido acompañada al control de equipajes. Nadalini telefona a De Rose.
- Nos están expulsando. Ya nos han registrado las maletas y nos han pegado la pegatina para el próximo vuelo a Linate. Sólo han dejado pasar a los parlamentarios.
- Menos es nada. Deben llegar a Ramala cueste lo que cueste.
- Que pensáis hacer vosotros?
  - Trataremos de convencerles.

El tiempo pasa. Los parlamentarios piden explicaciones sobre nuestra detención varias veces, pero los policías no les dan ninguna respuesta. Las policías son todas jóvenes. Luciano se dá cuenta de que les estoy mirando.

- Te has fijado en que son todas feísimas? Todas tienen un culo enorme. Como nuestras vigilantes.
- Sonreimos.

- Y quién será toda esta gente?

En efecto, al aeropuerto siguen llegando centenares de personas. Apenas salen de los aviones, se ponen en las colas de las garitas para ciudadanos israelíes. Nunca había visto tal cantidad de llegadas a esta hora de la noche en un aeropuerto. En un país en guerra, además.

Una sospecha. Nuestras miradas se cruzan.

Un país en guerra.

Un escalofrío nos recorre la espalda mientras les observamos apinarse y pasar con prisa.

Reservistas.

Ciudadanos israelíes que viven en el extranjero y que vuelven para alistarse. Tal vez incluso con vuelos especiales. Sharon ha llamado a más de 40.000.

Los veo y casi no lo creo. Son padres de familia, jóvenes con ropa de playa que vuelven de las vacaciones, chicos en camiseta. Gente normal. Burgueses que vuelven de las fiestas, pero que mañana no volverán a la oficina. Se pondrán un mono de camuflaje y cogerán un M16. Conducirán un carro armado.

Quizá matarán a alguien.

Trago saliva con dificultad. El escalofrío ya no me abandona.

Con nosotros, esperan otros italianos. Son de Bienaventurados Constructores de Paz. Nos dicen que están retenidos desde hace doce horas. Los están expulsando.

Me acerco a cuatro tíos con idéntica tripa y bigote. Son griegos. Médicos Sin Fronteras.

- Hemos venido a echar una mano. Para atender a los heridos. Pero no nos quieren -dice el más joven.

Una madera sale de la oficina y le pide al compañero que tiene nuestros pasaportes que le siga al control de equipajes.

Agnoletto protesta, pregunta porqué se nos está reteniendo.

El "compañero" mide dos metros y pesa más de un quintal.

- Somos la policía . Nosotros mandamos, tu obedeces. Así son las cosas.

- También es así en Italia -dice el pequeño Agnoletto- Aun así, tenemos derecho a saber que pensáis hacer. Si nos váis a expulsar debéis darnos un motivo.

- No es un asunto de derechos. Yo mando, tu obedeces.

Agnoletto se pone nervioso, se gira hacia nosotros: - Hay que hacer algo.

Hay que llamar al ANSA\*, a la embajada, al consulado, a la Farnesina\*...

Los parlamentarios telefonean. Los parlamentarios parlamentan con la policía .

Los parlamentarios vuelven a telefonar. Exhiben sus carnes.

La tensión crece. Permanezco un poco apartado con Ciano, que me dice: - Ah, ya sabes que en el 70 Potere Operaio hizo un manifiesto con Leyla Kahled sentada a la máquina de escribir, con la metralleta al costado. Y sabes cual era el título? "Patrones bastardos, os vamos a secuestrar!"

Después se ríe con fuerza. La tensión gasta bromas pesadas.

De improviso, una llamada telefónica nos advierte de que en la otra parte de la frontera hay un representante de la embajada.

- Por fin. Es el cónsul ?

- No, el agregado comercial.

Me río . A nadie le importa que estemos aquí y que nos hagan volver sin ningún motivo.

- Tenemos el tiempo justo de llegar al control de equipajes para decidir que hacemos -dice Agnoletto.

Guido, Giorgi y Anubis, con los teléfonos casi sin batería, se ponen en contacto con los compañeros que nos esperan fuera del aeropuerto y les comunican la situación.

Entonces llega la peor noticia. Es De Rosa: la primera delegación está siendo embarcada en un avión hacia Italia por la fuerza.

- Han cargado contra Sabbatini, a Castellina la han arrastrado por los pies hasta la salida, a De Rose le han torcido un tobillo. Incluso al agregado comercial le han dado algunos empujones! -anuncia Nadalini.

De acuerdo, así que ya sabemos lo que nos espera.

Ahora hay que tomar una decisión. Agnoletto tiene razón, no queda mucho tiempo, estamos ya de camino hacia el control de equipajes, al fondo del aeropuerto.

Estamos en ello.

El pequeño Agnoletto no se ablanda: - No nos pueden expulsar así .

Los parlamentarios protestan: - Deben darnos un motivo. No es admisible que no podamos saber porque se nos echa. Queremos hablar con un representante de nuestro consulado.

Llega otro funcionario de la policía, de paisano.

- Vuestro consulado no tiene nada que ver. Esto es un país en guerra y somos nosotros los que decidimos quién entra y quién no.

Son todos educados. Por ahora. Firmes, pero educados. Sordos a las protestas, pero educados.

- Quieren crear un incidente diplomático? -pregunta Martone.

No les importa. Esto es un país en guerra etcétera etcetera.

- Estamos en contacto telefónico con el Ministro de Asuntos Exteriores.

Esto es un país en guerra etcétera etcetera.

- Italia jamás ha expulsado a ningún ciudadano de Israel.

Esto es un país en guerra etcétera etcetera.

Mientras continúa la discusión, me doy cuenta de que nos han rodeado.

Todavía son sobre todo mujeres. Se ríen y nos toman el pelo. Claro, somos amigos de los terroristas.

Sin embargo, También hay cinco o seis energúmenos de uniforme. Y otros maderos de paisano.

Me doy cuenta de que Ciano se ha quedado fuera del círculo, aislado del grupo, con una maniobra lenta y "educada". Lo hacen entrar en primer lugar al control de equipajes, lo cachean y Después se lo llevan a alguna parte.

Mientras lo escoltan, un esbirro le señala ante los pasajeros recién desembarcados. No entiendo el hebreo. Pero la palabra "Arafat" la escucho clara como el agua repetida en cada frase. Los pasajeros asienten o sonríen.

Ciano es una montaña. Ciano es el más grande de la comitiva. Demasiado grande. Mejor apartarlo educadamente, antes de pasar a los malos modos con nosotros.

Agnoletto y los parlamentarios siguen discutiendo, pero los policías se están poniendo nerviosos. Oigo un rumor de madera batida y veo a uno de ellos que esconde un racimo de porras en la habitación de control de equipajes. Donde los maderos quieren convencernos de que entremos uno a uno, para registrarnos.

Mierda.

Tratan de empujarnos dentro estrechando el círculo.

En una consulta rápida, decidimos sentarnos y atarnos entre nosotros. Nos sacarán a rastras como han hecho con los otros.

Una policía se inclina para hablar con Agnoletto.

- Si hacen eso, nos veremos obligados a usar la fuerza.

- No tienen ningún derecho a expulsarnos. Somos pacíficos y no hemos hecho nada.

Un energúmeno de uniforme de dos metros de estatura aparta a la policía y coge por la fuerza al más pequeño. Lo saca como a una anchoa de un frasco y sin ningún esfuerzo lo arroja dentro de la habitación para registrarlo. El resto impedimos que nos muevan. A Nadalini, al que, tal vez por su cámara en bandolera, confunden con un periodista, le agarran y detienen en la puerta.

Tiene que ver lo que nos espera.

Agnoletto ha sido arrojado sobre un banco, con un brazo torcido en la espalda. Un policía aprieta la rodilla contra su columna vertebral y otros tres le pegan patadas y puñetazos. Los gritos se oyen desde afuera.

- Tíos, estos pegan... -dice con los ojos en blanco y voz ahogada.

Le socorremos. No tiene nada roto, aunque parece que podría romperse como un colín. Sólo algunos moretones en la cara.

Es el turno de Marco Revelli. Lo arrastran hasta dentro por la nuca, mientras lo hinchán a patadas en las costillas. Luego cogen a Egidio, que por suerte se libra con poco.

A estas alturas, el resto estamos de pie y gritando. Acentos emilianos y romanescos se mezclan en un coro de "Basta!" y "Stop the violence!"

Estamos en medio de un aeropuerto internacional. Un aeropuerto como todos los otros.

Las mismas luces demasiado fuertes, las mismas tensoestructuras de mierda, la misma organización del espacio, el mismo acero y cemento. La policía le está dando una paliza a un hombre pequeño de cuarenta kilos y a un señor de sesenta años. Miro a mi alrededor, trato de encontrar las miradas de la gente que llena la sala. Permanecen indiferentes. Nadie dice nada.

Murmuro entre los dientes: -Estáis acabados.

Ya es bastante. No tiene sentido que nos dejemos masacrar todos. Están dispuestos a hacerlo. No les importa una mierda. Ni a la policía ni a los que asisten a la escena sin pestañear. Están en guerra. Somos enemigos. O amigos de los enemigos. Debemos irnos a dar el coñazo a nuestra casa.

Resignados entramos uno tras otro a que nos cacheen. Sólo se salvan los parlamentarios.

Yo soy el ultimo.

Cuando me hacen entrar me encuentro frente a un chaval. Tendrá como mucho veinte años, es pelirrojo y tiene pecas. Es como mínimo treinta centímetros más bajo que yo. Detrás de él, los energúmenos me clavan la mirada.

Primero la chaqueta. Después la riñonera, objeto por objeto. El líquido para las lentillas.

El chaval se detiene. Me mira y dice: -Stand! -indicando un punto delante de él y haciendo el gesto de estirar los brazos.

Tiene que cachearme.

Permanezco inmovil. Le miro. Miro a los maderos que han golpeado a mis compañeros de viaje. Ya ha terminado. Nos echan, nos sellarán el pasaporte, memorizarán nuestros nombres. Probablemente no podremos volver a poner el pie en este país. Nunca lo habremos puesto, para ser exactos. Nuestros compañeros están en el hospital de Ramala, mantienen abierto un resquicio débil de esperanza. Nuestros compañeros han desafiado a los francotiradores y a los puestos de control para conseguir alimentos para la población civil.

Han escoltado las ambulancias. Han sido testigos oculares del horror. De los tiroteos y de las ejecuciones. De las masacres de civiles.

Deberíamos haberles relevado; haber acompañado a los diputados de un parlamento europeo a ver que sucedía en Ramala; garantizar la seguridad de las caravanas humanitarias y defendido a los médicos palestinos. No podremos hacerlo. Nos lo han hecho entender de manera muy clara.

Habéis ganado, bastardos. Nos vamos.

Les miro a los ojos. Y me arrodillo con las manos sobre la cabeza.

El chaval es rápido, me hace levantar, rojo de vergüenza, y me entrega a los maderos.

*Tel Aviv, Israel, 4 de abril 2002, 8.15 h.*

La buena noticia es que nos harán reembarcar en el mismo avión que los compañeros que estaban en Ramala y que están a punto de salir para casa. Al menos haremos el viaje acompañados por sus relatos. Un baño de calor humano después de la ducha fría.

También esta vez me mantengo al final de la fila. Y cuando pongo el pie en la escalerilla, me detengo a estrechar la mano de uno de los maderos.

Se queda tan sorprendido por el gesto que no llega ni siquiera a retirarla.

- Sólo quería visitar tu país. Ver con mis propios ojos. Encontrarme con mis amigos. Porqué no puedo hacerlo?

Sacude la cabeza, no sabe si hablo en serio o si le estoy tocando los cojones. Mira a sus colegas y balbucea algo incomprensible.

Subo la escalerilla con el corazón palpitando por la emoción de volver a ver a todos mis superhéroes favoritos.

A tomar por culo, soy un escritor. Vuelvo a casa y escribo.

\* ANSA. Asociación Italiana de Prensa.

\* Farnesina. Sede del Ministerio de Relaciones Exteriores.

No (c) 2002, WM4

No (c) Traducción de Hugo Romero, abril de 2002.